

LA ESPERANZA DEL PEREGRINO BÍBLICO

En la meditación precedente contemplamos, a la luz de la Palabra de Dios, nuestra condición de peregrinos. Hoy centramos nuestra reflexión en «la esperanza» que dinamiza, sostiene y alegra la marcha del peregrino de la fe en medio de las vicisitudes de la existencia terrena. En el camino hay momentos de calma y serenidad, pero tampoco faltan momentos dramáticos.

Ante situaciones cruciales, sean estas personales o colectivas, el refranero dice: «la esperanza es lo último que se pierde». Según el mito griego, la esperanza es lo único que nos queda para luchar contra la fatalidad del mal (la caja de Pandora). Ante la dificultad, otros ven la esperanza en estos términos: «Las personas procuran aferrarse al deseo que esperan ver cumplido».

En cualquier caso la esperanza se presenta como algo bueno. Aparece como la capacidad del ser humano de sobreponerse al derrotismo y pesimismo ante las dificultades y contratiempos inevitables de la historia humana. Es un no rotundo a los profetas de calamidades. La esperanza aporta serenidad y optimismo en la existencia. En sí es saludable. Pero la esperanza del peregrino bíblico va más allá de la dimensión psicológica, sociológica y filosófica, que late detrás de estas formas de pensar la esperanza.

El peregrino bíblico, como otro cualquier pueblo y persona, está animado por deseos, expectativas y esperanzas, que le movilizan hacia un futuro incierto e incontrolable. A veces se cumple lo deseado y a veces se desencadenan serias frustraciones. Los deseos, expectativas y esperanzas, por otra parte, pueden movilizar a fines edificantes o destructores. Las palabras que el Señor proclamó en la montaña, se cerraban con este mandato: «No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni desearás la casa del prójimo, su campo, su esclavo, su esclava, su buey o su asno, ni nada que sea de tu prójimo». (Dt 5, 21)

Cierto, las pequeñas o grandes esperanzas nos estimulan y en sí pueden ser útiles; pero no es menos cierto, que ellas no dan respuesta a la preocupación última del ser humano ante la vida y la muerte. «El algo tiene que haber», con que se responde a la preocupación última del ser humano, no puede satisfacer al peregrino bíblico.

La distinción de la esperanza y las esperanzas, como señaló el filósofo Julián Marías (influido por Ortega, Zubiri, Unamuno), conviene tenerla muy presente, para comprender la esperanza de los peregrinos bíblicos. Las devociones, por otra parte, contribuyen a mantener esperanzas y alimentar deseos, pero no cultivan necesariamente la Esperanza, con mayúscula. Sólo la fe mantiene la esperanza fiable, la que no defrauda; y solo el amor la despierta y pone en acción, como trataremos de ver a lo largo de esta meditación.

Antes de presentar los puntos de la meditación, voy a detenerme un momento en una afirmación importante de carta a los efesios. En ella, el apóstol recuerda a los creyentes provenientes de la Ley cómo han sido creados y recreados en Cristo para las buenas obras. Nadie puede darse la salvación a sí mismo. «Por gracia estáis salvados». A continuación el autor apostólico presenta la situación

penosa de los gentiles antes de la venida de Cristo, pues estaban «sin esperanza y sin Dios en el mundo». Meditemos atentamente la palabra apostólica.

Por tanto vosotros, los que un tiempo erais gentiles según la carne, llamados incircuncisos por los que se llamaban circuncisos en razón de una operación practicada en la carne, recordad que entonces vivíais sin Cristo: extranjeros a la ciudadanía de Israel, ajenos a las alianzas y sus promesas, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Ahora, gracias a Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos estáis cerca por la sangre de Cristo. (Ef 2, 11-13)

La comunidad eclesial de Éfeso estaba compuesta por judíos y griegos. A unos y otros les recordaba el apóstol la fuente de la salvación y la vida nueva en Cristo. El muro de la enemistad que los separaba había sido destruido en la cruz del Salvador. A judíos y griegos les recordaba el apóstol: ni la ley ni los ídolos dan la esperanza fiable y cierta, la que no defrauda. Ambos tenían esperanzas, expectativas y deseos, pero la verdadera esperanza se encontraba en Jesucristo.

La esperanza del peregrino bíblico, en última instancia, no es Algo, sino Alguien. Por ello no es lo mismo tener esperanzas y tener esperanza. El peregrino de la esperanza avanza apoyado en la fe, sabiendo que camina en el Señor y hacia el Señor: origen, guía y meta. Hablando de la situación de los judíos y gentiles en los capítulos 9-11 de la carta a los romanos, Pablo concluye con estas palabras cargadas de gozosa confianza y esperanza.

¡Qué abismo de riqueza, de sabiduría y de conocimiento el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irastreables sus caminos! En efecto, ¿quién conoció la mente del Señor? O ¿quién fue su consejero? O ¿quién le ha dado primero para tener derecho a la recompensa? Porque de él, por él y para él existe todo. A él la gloria por los siglos. Amén. (Rom 11, 33-35)

El peregrino de la fe bíblica sabe que su origen y meta se encuentra en Alguien, que lo salva del poder del pecado y lo conduce hacia él por gracia. Ese Alguien es la fuente de la vida y la muerte no tiene ya poder sobre él. En la misma carta a los romanos, Pablo afirma:

Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Pues si hemos sido incorporados a él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo, para que fuera destruido el cuerpo de pecado, y, de este modo, nosotros dejáramos de servir al pecado; porque quien muere ha quedado libre del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús. (Rom 6, 4-11)

En la carta a los colosenses, el apóstol de las gentes afirma, con claridad, la necesidad de permanecer anclados por la fe en Cristo: él es la esperanza de la gloria:

Vosotros, en otro tiempo, estabais también alejados y erais enemigos por vuestros pensamientos y malas acciones; ahora en cambio, por la muerte que Cristo sufrió en su cuerpo de carne, habéis sido reconciliados para ser admitidos a su presencia santos, sin mancha y sin reproche, a condición de que permaneczáis cimentados y estables en la fe, e inamovibles en la esperanza del Evangelio que habéis escuchado: el mismo que se proclama en la creación entera bajo el cielo, del que yo, Pablo, he llegado a ser servidor.

Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado servidor, conforme al encargo que me ha sido encomendado en orden a vosotros: llevar a plenitud la palabra de Dios, el misterio escondido desde siglos y generaciones y revelado ahora a sus santos, a quienes Dios ha querido dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria. Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para presentarlos a todos perfectos en Cristo. Por este motivo luché denodadamente con su fuerza, que actúa poderosamente en mí. (Col 1, 21-29)

En medio de nuestras vidas agitadas, me aparece interesante verificar si tendemos hacia «la patria definitiva», que es el Señor de cielo y tierra. San Agustín lo expresaba de manera sugerente en uno de sus sermones¹.

Un pequeño viaje con los peregrinos bíblicos, nos ayudará a contemplar y vivir cómo la esperanza fiable no es algo, sino Alguien. Una esperanza cierta y segura; y no incierta como algunos entienden. «Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa». (Heb 10, 23)

I.- DIOS ESPERANZA DE ISRAEL

Al leer y meditar el Antiguo Testamento conviene liberarse, en la medida de lo posible, de las corrientes de pensamiento propias de la cultura secularizante, pluralista e individualista de nuestra sociedad. Comunidad y persona, como todavía vemos en pueblos de África, son indisolubles. Recordemos la respuesta de Rut a su suegra Noemí, cuando esta le dice que vuelva a su pueblo y a sus dioses: «No insistas en que vuelva y te abandone. Iré donde tú vayas, viviré donde tú vivas; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; moriré donde tu mueras y allí me enterrarán. Juro ante el Señor que solo la muerte podrá separarnos». (Rut 1, 16-17) La oración de los salmos es

¹ Las palabras del Señor nos advierten que, en medio de la multiplicidad de ocupaciones de este mundo, hay una sola cosa a la que debemos tender. Tender, porque somos todavía peregrinos, no residentes; estamos aún en camino, no en la patria definitiva; hacia ella tiende nuestro deseo, pero no disfrutamos aún de su posesión. Sin embargo, no cejemos en nuestro esfuerzo, no dejemos de tender hacia ella, porque sólo así podremos un día llegar a término.

Marta y María eran dos hermanas, unidas no sólo por su parentesco de sangre, sino también por sus sentimientos de piedad; ambas estaban estrechamente unidas al Señor, ambas le servían durante su vida mortal con idéntico fervor. Marta lo hospedó, como se acostumbra a hospedar a un peregrino cualquiera. Pero, en este caso, era una sirvienta que hospedaba a su Señor, una enferma al Salvador, una creatura al Creador. Le dio hospedaje para alimentar corporalmente a aquel que la había de alimentar con su Espíritu. Porque el Señor quiso tomar la condición de esclavo para así ser alimentado por los esclavos, y ello no por necesidad, sino por condescendencia, ya que fue realmente una condescendencia el permitir ser alimentado. Su condición humana lo hacía capaz de sentir hambre y sed.

Así, pues, el Señor fue recibido en calidad de huésped, él, que vino a los suyos y los suyos no lo recibieron; pero a cuantos lo recibieron dio poder de llegar a ser hijos de Dios, adoptando a los siervos y convirtiéndolos en hermanos, redimiendo a los cautivos y convirtiéndolos en coherederos. Pero que nadie de vosotros diga: «Dichosos los que pudieron hospedar al Señor en su propia casa.» No te sepa mal, no te quejes por haber nacido en un tiempo en que ya no puedes ver al Señor en carne y hueso; esto no te priva de aquel honor, ya que el mismo Señor afirma: Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis.

Por lo demás, tú, Marta —dicho sea con tu venia, y bendita seas por tus buenos servicios—, buscas el descanso como recompensa de tu trabajo. Ahora estás ocupada en los mil detalles de tu servicio, quieres alimentar unos cuerpos que son mortales, aunque ciertamente son de santos; pero ¿por ventura, cuando llegues a la patria celestial, hallarás peregrinos a quienes hospedar, hambrientos con quienes partir tu pan, sedientos a quienes dar de beber, enfermos a quienes visitar, litigantes a quienes poner en paz, muertos a quienes enterrar?.

Todo esto allí ya no existirá; allí sólo habrá lo que María ha elegido: allí seremos nosotros alimentados, no tendremos que alimentar a los demás. Por esto, allí alcanzará su plenitud y perfección lo que aquí ha elegido María, la que recogía las migajas de la mesa opulenta de la palabra del Señor. ¿Quieres saber lo que allí ocurrirá? Dice el mismo Señor, refiriéndose a sus siervos: Os aseguro que se pondrá de faena, los hará sentar a la mesa y se prestará a servirlos. (Sermón 103)

personal y comunitaria al mismo tiempo, es la oración de un nosotros personal y comunitario. Cuando oramos: «Padre nuestro», es la persona y la comunidad que oran al unísono.

El salmista, en medio de las vicisitudes y dramas, personales y comunitarios, de la historia, pone su confianza en el Dios de los pobres y humildes. Sabe y cree que quien se apoye en su palabra no quedará frustrado. Los salmos cantan y narran la experiencia de fe de un pueblo y de sus epígonos, como la carta a los hebreos lo relata de forma magistral en el capítulo once. Caminar en la fe y ser peregrinos, en la perspectiva bíblica, puede decirse que son sinónimos. El orante de los salmos pone su esperanza y confianza en el Dios fiel y omnipotente de la alianza de la promesa.

El Señor apareció para hacer justicia, | y se enredó el malvado en sus propias acciones. Vuelvan al abismo los malvados, | los pueblos que olvidan a Dios. Él no olvida jamás al pobre, | ***ni la esperanza del humilde perecerá.*** Levántate, Señor, que el hombre no triunfe: | sean juzgados los gentiles en tu presencia. Señor, infúndeles terror, | y aprendan los pueblos que no son más que hombres. (Sal 9, 17-21)

«Señor, dame a conocer mi fin | y cuál es la medida de mis años, | para que comprenda lo caduco que soy». Me concediste un palmo de vida, | mis días son nada ante ti; | el hombre no dura más que un soplo, el hombre pasa como una sombra, | por un soplo se afana, | atesora sin saber para quién. Y ahora, Señor, ***¿qué esperanza me queda? | Tú eres mi confianza.*** (Sal 39, 5-8)

Solo en Dios descansa mi alma, | porque de él viene mi salvación; solo él es mi roca y mi salvación, | mi alcázar: no vacilaré. ¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre | todos juntos, para derribarlo | como a una pared que cede | o a una tapia ruinosa? Solo piensan en derribarlo de su altura, | y se complacen en la mentira: | con la boca bendicen, | con el corazón maldicen. Descansa solo en Dios, alma mía, | ***porque él es mi esperanza;*** solo él es mi roca y mi salvación, | mi alcázar: no vacilaré. De Dios viene mi salvación y mi gloria, | él es mi roca firme, Dios es mi refugio. Pueblo suyo, confiad en él, | desahogad ante él vuestro corazón: | Dios es nuestro refugio. Los hijos de Adán no son más que un soplo, | todos los hombres, una apariencia: | todos juntos en la balanza subirían | más leves que un soplo. No confiéis en la opresión, | no pongáis ilusiones en el robo; | y aunque crezcan vuestras riquezas, | no les deis el corazón. Dios ha dicho una cosa, | y he escuchado dos: | «Que Dios tiene el poder y el Señor tiene la gracia; | que tú pagas a cada uno | según sus obras». (Sal 62, 2-13; cf. 65, 1; 71, 5; 119, 49.116)

El salmista confiesa así que el creyente no debe apoyarse en los hombres y en los bienes de este mundo, sino en el Dios que dio origen a la vida, el es la fuente y meta de la vida humana. Por ello el peregrino de la fe puede seguir caminando hacia el futuro, que la palabra creadora de Dios ha establecido con su sabiduría y poder.

La oración del salmista se inspira en el origen y experiencia histórica de Israel a partir de la elección de Abrahán, padre de los creyentes. Israel se encamina hacia el futuro anunciado por el Dios fiel y justo. Su palabra es performativa. Realiza sin tardar lo que anuncia de antemano. No es el hombre el que realiza el futuro, pero sí puede acogerlo en la fe, como la tierra acoge la lluvia que la fecunda. Dios anuncia su designio de salvación y lo lleva a cabo respetando la libertad del hombre. Isaías lo expresa de forma plática y poética, en un texto conocido de todos nosotros:

Como bajan la lluvia y la nieve desde el cielo, | y no vuelven allá, sino después de empapar la tierra, | de fecundarla y hacerla germinar, | para que dé semilla al sembrador | y pan al que come, así será la palabra, que sale de mi boca: | no volverá a mí vacía, | sino que cumplirá mi deseo | y llevará a cabo mi encargo. Saldréis con alegría, os llevarán seguros; | montes y colinas romperán a cantar ante vosotros, | aplaudirán

los árboles del campo. En vez de espinos, crecerá el ciprés; | en vez de ortigas, el arrayán; | serán el renombre del Señor | y monumento perpetuo imperecedero. (Is 55, 10-13)

«Los profetas de la alianza», ante las situaciones dramáticas de la compleja historia de Israel, alertaron, en todo momento, al pueblo y a sus jefes del camino errado al buscar su futuro en las alianzas con las potencias e ídolos mundano. Su denuncia era una invitación a la conversión y la fe. Proclamaban: la esperanza del pueblo y de cada uno de sus miembros se encontraba en el Dios de la promesa y del futuro. Su amor fiel y misericordioso era su verdadera esperanza. ¡Qué error poner su confianza en lo que es caduco! Baste citar en este sentido un texto del profeta Jeremías:

Esto dice el Señor: «Maldito quien confía en el hombre, y busca el apoyo de las criaturas, apartando su corazón del Señor. Será como cardo en la estepa, que nunca recibe la lluvia; habitará en un árido desierto, tierra salobre e inhóspita. Bendito quien confía en el Señor y pone en el Señor su confianza. Será un árbol plantado junto al agua, que alarga a la corriente sus raíces; no teme la llegada del estío, su follaje siempre está verde; en año de sequía no se inquieta, ni dejará por eso de dar fruto. (Jer 17, 5-8)

Los libros sapienciales del Antiguo Testamento insisten en la misma perspectiva. El libro del Eclesiástico enseña cómo avanzar por la senda de la verdadera esperanza, que no pocos habían abandonado. He aquí su recomendación:

Las esperanzas vanas y engañosas son propias del necio, los sueños dan alas a los insensatos. Atrapar sombras y perseguir viento es fiarse de los sueños... Los que temen al Señor vivirán, porque su esperanza está en aquel que los salva. Quien teme al Señor de nada tiene miedo, de nada se acobarda, porque él es su esperanza. Dichoso el que teme al Señor: ¿en quién confía?, ¿quién es su apoyo? Los ojos del Señor están fijos en los que lo aman, él es para ellos protección poderosa, apoyo firme, refugio contra el viento abrasador y el calor del mediodía, defensa para no tropezar, auxilio para no caer. Él levanta el ánimo, ilumina los ojos, da salud, vida y bendición. (Ecl 34, 1-17)

Necios somos, por tanto, cuando ponemos nuestra esperanza en las criaturas en lugar de ponerla en el Creador, en nuestro hacer y no en la gracia del Salvador. El segundo libro de los Macabeos revela cómo la esperanza puesta en Dios trasciende la existencia humana. El tercero de los macabeos, estando a punto de morir, dijo al tirano: «Vale la pena morir a manos de los hombres, cuando se tiene la esperanza de que Dios mismo nos resucitará. Tú, en cambio, no resucitarás para la vida». (2Mac 7, 14). Los fieles del Señor, luchan firmes en la esperanza, de él viene la salvación.

Macabeo, por su parte, mantenía perseverante su confianza, con la firme esperanza de recibir ayuda de parte del Señor, y exhortaba a los que le acompañaban a no temer el ataque de los gentiles, teniendo presentes en la mente los auxilios que antes les habían venido del cielo, y a esperar también ahora la victoria que les habría de venir de parte del Todopoderoso. Los animaba citando la Ley y los Profetas, y les recordaba los combates que habían llevado a cabo. De este modo les infundía mayor ardor. (2Mac 15, 7-9)

Este pequeño recorrido por el Antiguo Testamento ilustra bien, a mi modo de ver, cómo existe una profunda interacción entre las tres virtudes teologales. La carta a los hebreos afirma, antes de mostrar el camino recorrido por los testigos del pueblo peregrino: «La fe es fundamento (substancia) de lo que se espera, y garantía de lo que no se ve». (Heb 11, 1) La fe nos revela la meta del camino, el futuro de la peregrinación por la historia. El amor nos lo hace desear ardientemente y nos pone en camino hacia el futuro que es el mismo Señor de la historia. La fe que actúa por amor explica el dinamismo del peregrino de la esperanza en el fatigoso camino de la existencia.

II.- EL DIOS DE LA ESPERANZA

La virtud teologal de la esperanza, como la fe y la caridad, tiene su origen, motivo y objeto en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Por la esperanza, el Espíritu del Señor dispone nuestro deseo y facultades de creyentes, para avanzar de acuerdo con nuestra condición de hijos y coherederos de Cristo, participes como somos por gracia de su naturaleza divina (1P 1, 4; Gal 4, 4-7; Rom 8, 14-17; Tt 3, 6-7). La primera carta de san Juan lo proclama con estas palabras:

Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo conoció a él. Queridos, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es. Todo el que tiene esta esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro. (1Jn 3, 1-3)

En la carta a los colosenses, el apóstol invita a los peregrinos de la fe a proseguir el camino, permaneciendo firmes en la fe e inamovibles en la esperanza, que el Señor nos ha revelado y depositado en nuestros corazones.

Vosotros, en otro tiempo, estabais también alejados y erais enemigos por vuestros pensamientos y malas acciones; ahora en cambio, por la muerte que Cristo sufrió en su cuerpo de carne, habéis sido reconciliados para ser admitidos a su presencia santos, sin mancha y sin reproche, a condición de que permanezcáis cimentados y estables en la fe, e inamovibles en la esperanza del Evangelio que habéis escuchado: el mismo que se proclama en la creación entera bajo el cielo, del que yo, Pablo, he llegado a ser servidor. (Col 1, 21-23)

La virtud teologal de la esperanza, conviene recordarlo, una vez más, si queremos evitar el voluntarismo, que Dios infunde en nuestros corazones tiene su origen y meta en él. El peregrino debe cultivarla tanto en el día como en la noche oscura. No es un problema de sentimientos o de seguridades, pero sí de avanzar con firmeza apoyado en la fidelidad y poder de Dios. En la carta a los romanos, san Pablo, elogiando la fe de Abrahán, enseña:

Apoyado en la esperanza, creyó contra toda esperanza que llegaría a ser padre de muchos pueblos, de acuerdo con lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y, aunque se daba cuenta de que su cuerpo estaba ya medio muerto —tenía unos cien años— y de que el seno de Sara era estéril, no vaciló en su fe. Todo lo contrario, ante la promesa divina no cedió a la incredulidad, sino que se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios, pues estaba persuadido de que Dios es capaz de hacer lo que promete; por lo cual le fue contado como justicia. Pero que le fue contado no está escrito solo por él; también está escrito por nosotros, a quienes se nos contará: nosotros, los que creemos en el que resucitó de entre los muertos a Jesucristo nuestro Señor, el cual fue entregado por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación. (Rom 4, 18-25)

La virtud de la esperanza, por tanto, viene a sellar, purificar, dilatar y perfeccionar el anhelo de felicidad, perpetuidad y vida sin ocaso, que el Creador depositó en el corazón de la humanidad al bendecirla. El Catecismo de la Iglesia Católica lo expresa en estos términos:

La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la

espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad. (n. 1818)

Para progresar en la contemplación, propongo meditar cómo las personas de la Santísima Trinidad se implican para conducirnos por la senda de la esperanza, que no defrauda.

Pablo, escribiendo a la entonces pequeña comunidad de Roma, presenta al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, como ***el Dios de la esperanza, de la paciencia y del consuelo***. Dios es la fuente de la esperanza, como lo es de la fe y la caridad. Él alumbró y sostiene en nosotros la esperanza desbordante y gozosa. No estamos, por tanto, en el simple terreno de la psicología y de la sociología religiosa, sino ante el misterio de Dios.

Nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los endebles y no buscar la satisfacción propia. Que cada uno de nosotros busque agradar al prójimo en lo bueno y para edificación suya. Tampoco Cristo buscó su propio agrado, sino que, como está escrito: Los ultrajes de los que te ultrajaban cayeron sobre mí. ***Pues, todo lo que se escribió en el pasado, se escribió para enseñanza nuestra, a fin de que a través de nuestra paciencia y del consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza. Que el Dios de la paciencia y del consuelo os conceda tener entre vosotros los mismos sentimientos, según Cristo Jesús; de este modo, unánimes, a una voz, glorificaréis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Por eso, acogeos mutuamente, como Cristo os acogió para gloria de Dios.*** Es decir, Cristo se hizo servidor de la circuncisión en atención a la fidelidad de Dios, para llevar a cumplimiento las promesas hechas a los patriarcas y, en cuanto a los gentiles, para que glorifiquen a Dios por su misericordia; como está escrito: Por esto te alabaré entre los gentiles y cantaré para tu nombre. Y en otro lugar: ***Regocijaos, gentiles, junto con su pueblo. Y además: Alabad al Señor todos los gentiles, proclamadlo todos los pueblos. E Isaías vuelve a decir: Aparecerá el retoño de Jesé y el que se levanta para dominar a los gentiles; en él esperarán los gentiles. Que el Dios de la esperanza os colme de alegría y de paz viviendo vuestra fe, para que desbordéis de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo.*** (Rom 15, 1-13)

Dios, como enseña el apóstol, ha sembrado la esperanza definitivamente en el corazón de la humanidad, llevando a cabo su promesa mediante el misterio de encarnación redentora, esto es, enviando a su Hijo en una carne semejante a la del pecado y reconciliándonos con él en la sangre de su Hijo. ***Cristo es la esperanza de la gloria***, que ya se nos ha dado y estamos llamados a acoger por la fe. El anhelo de vida y plenitud de la humanidad lo ha realizado el Padre mediante su Hijo amado. Meditemos estas palabras del apóstol de los gentiles:

Recuérdales que se sometan a los gobernantes y a las autoridades; que obedezcan, estén dispuestos a hacer el bien, no hablen mal de nadie ni busquen riñas; que sean condescendientes y amables con todo el mundo. Porque antes también nosotros, con nuestra insensatez y obstinación, andábamos por el camino equivocado; éramos esclavos de deseos y placeres de todo tipo, nos pasábamos la vida haciendo el mal y comidos de envidia, éramos insoportables y nos odiábamos unos a otros. Mas cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador y su amor al hombre, no por las obras de justicia que hubiéramos hecho nosotros, sino, según su propia misericordia, nos salvó por el baño del nuevo nacimiento y de la renovación del Espíritu Santo, que derramó copiosamente sobre nosotros por medio de Jesucristo nuestro Salvador, para que, justificados por su gracia, seamos, en esperanza, herederos de la vida eterna. (Tt 3, 1-7)

Ahora me alegro de mis sufrimientos por vosotros: así completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su cuerpo que es la Iglesia, de la cual Dios me ha nombrado servidor, conforme al encargo que me ha sido encomendado en orden a vosotros: llevar a plenitud la palabra de Dios, el misterio escondido desde siglos y generaciones y revelado ahora a sus santos, a quienes Dios ha

querido dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria. Nosotros anunciamos a ese Cristo; amonestamos a todos, enseñamos a todos, con todos los recursos de la sabiduría, para presentarlos a todos perfectos en Cristo. Por este motivo luché denodadamente con su fuerza, que actúa poderosamente en mí. (Col 1, 24-29)

Las promesas de Dios, así como la esperanza depositada por él en el corazón de la humanidad, se han realizado en Cristo, en su muerte y resurrección. Por ello el apóstol afirma: «Pues hemos sido salvados en esperanza. Y una esperanza que se ve, no es esperanza; efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia». (Rom 8, 24-25) El peregrino de la esperanza avanza como si viera al Invisible. «Por fe abandonó Egipto sin temer la cólera del rey, y se apoyó en el invisible como si lo viera». (Hb 11, 27)

Ahora bien, el peregrino de la esperanza, para andar el camino tan accidentado de la historia hacia la meta, se halla iluminado, sostenido y dinamizado desde dentro por el Espíritu de la Verdad y de la libertad. La meta existe, la esperanza se halla en Cristo resucitado, pero el hombre no puede alcanzarla sin la fuerza y el impulso del Espíritu. Él se une a nuestro espíritu, para que avancemos realmente como hijo y coherederos de Cristo. El fortalece nuestra fe. Él derrama el amor en nuestras corazones. Recordemos este pasaje decisivo de la carta a los romanos:

Así pues, habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido además por la fe el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún, nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado. (Rom 5, 1-5)

Cerremos esta contemplación, con el himno de la esperanza, de capítulo ocho de romanos:

Después de esto, ¿qué diremos? Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? El que no se reservó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará todo con él? ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? ¿Acaso Cristo Jesús, que murió, más todavía, resucitó y está a la derecha de Dios y que además intercede por nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada?; como está escrito: Por tu causa nos degüellan cada día, nos tratan como a ovejas de matanza. Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor. (Rom 8, 31-39)

III.- TESTIGOS Y SERVIDORES DE LA ESPERANZA FIABLE

Los peregrinos de la esperanza estamos llamados a ser *testigos y servidores de la meta* a la que Dios encamina a la humanidad, deseosa de plenitud y felicidad; y esto aun cuando lo haga de forma inconsciente o por caminos errados. La meta a la que somos conducidos los peregrinos es la vida misma de Dios en la que ya participamos por gracia. El camino a recorrer lo hacemos en el Espíritu, con la firme seguridad de que nada ni nadie nos puede separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. Los peregrinos avanzamos con la certeza de que la esperanza es fiable. Y con Pablo,

verdadero peregrino de la esperanza, oremos: «*Que el Dios de la esperanza os colme de alegría y de paz viviendo vuestra fe, para que desbordéis de esperanza por la fuerza del Espíritu Santo*».

1.- El camino de las bienaventuranzas

Jesucristo, como los evangelios y demás escritos apostólicos enseñan, es el camino que el peregrino de la esperanza está llamado a recorrer. Un camino hecho de amor, pobreza, humildad y entrega a Dios y a su designio de salvación. Todo en favor de los hermanos. El Catecismo de la Iglesia Católica expresa de forma clara cómo debe manifestarse la esperanza a través de los peregrinos de la esperanza cristiana.

La esperanza cristiana se manifiesta desde el comienzo de la predicación de Jesús en la proclamación de las bienaventuranzas. Las *bienaventuranzas* elevan nuestra esperanza hacia el cielo como hacia la nueva tierra prometida; trazan el camino hacia ella a través de las pruebas que esperan a los discípulos de Jesús. Pero por los méritos de Jesucristo y de su pasión, Dios nos guarda en “la esperanza que no falla” (*Rm* 5, 5). La esperanza es “el ancla del alma”, segura y firme, que penetra... “a donde entró por nosotros como precursor Jesús” (*Hb* 6, 19-20). Es también un arma que nos protege en el combate de la salvación: “Revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación” (*1 Ts* 5, 8). Nos procura el gozo en la prueba misma: “Con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación” (*Rm* 12, 12). Se expresa y se alimenta en la oración, particularmente en la del *Padre Nuestro*, resumen de todo lo que la esperanza nos hace desear. (n. 1820)

La vivencia de las bienaventuranzas en medio de la vida y estructuras autónomas del mundo es ya un testimonio y servicio a la esperanza fiable, en medio de unos hombres y mujeres, que dan la impresión que andan como ovejas sin pastor. Es la impresión que uno saca cuando lee los medios de comunicación social.

Conviene repetirlo. No nos salvamos por nosotros mismos, nos salva el Señor y su amor. En esta perspectiva recordamos lo que Juan Pablo II dice en la Exhortación post sinodal, *Vita Consecrata*, sobre los Institutos Seculares: «Mediante la síntesis, propia de ellos, de secularidad y consagración, tratan de *introducir en la sociedad las energías nuevas del Reino de Cristo*, buscando transfigurar el mundo desde dentro con la fuerza de las Bienaventuranzas». (n. 10) En el silencio y la oración, en la palabra y la acción, en la alegría y la enfermedad, siempre y en todo momento seremos signos e instrumentos de la verdadera esperanza, si transitamos por el camino de las bienaventuranzas, tal como vemos que las vivió el Verbo encarnado en su peregrinación por la tierra. En Cristo, la Iglesia es «sacramento universal de salvación».

2.- Una esperanza vivida en comunidad.

Cristo es nuestra esperanza. Hacia ella nos encaminamos convocados por el Señor y guiados por el Espíritu en la comunión apostólica. Necesitamos vivir como comunidad nuestra peregrinación hacia la meta. El camino, como sabemos por experiencia, no es siempre fácil. Hay momentos que vivimos lo cierto como incierto. Y en ese momento necesitamos de la ayuda fraterna, para «esperar contra toda esperanza». En efecto, cuando fracasan las esperanzas basadas en el hombre y sus medios, nos interrogamos sobre qué hacer. Entonces debe aparecer la mano fraterna, que nos invite a seguir por el camino, en lugar de volver a las aparentes seguridades del pasado. Es una verdadera lucha. Fue la lucha de Moisés con el pueblo en el camino del desierto. Ante la prueba, Israel quiso volver a la cebollas de Egipto. Y esto nos tienta en la marcha a través del desierto.

Hoy debemos interrogarnos cómo nos sostenemos en nuestros institutos como peregrinos de la esperanza. Si lo hacemos, contagiaremos esperanza fiable a nuestro alrededor (no hablo de falaces esperanzas). Así llevaremos a cabo una evangelización por contagio, como dijo Benedicto XVI. No son buenos profetas los que ofrecen sueños y esperanzas basadas en los medios humanos. ¿Cómo nuestros encuentros comunitarios nos ayudan a vivir como peregrinos de la esperanza?

3.- La intercesión sacerdotal.

Jesús resucitado sigue intercediendo ante el Padre por la humanidad entera, en particular por los que hemos creído en él. (cf. Hch 7, 25; Rom 8, 32) Él es nuestra esperanza. La Iglesia, cuerpo de Cristo, pueblo sacerdotal, tiene el privilegio de estar asociada a la intercesión del Resucitado. He aquí una dimensión importante del peregrino de la fe, que los agraciados con el carisma sacerdotal estamos llamados a cultivar de modo particular. Caminemos con la conciencia de que el Señor está por y con nosotros en camino hacia la Patria. La esperanza se nos da, para que demos testimonio de ella en medio de las pruebas de la existencia, siendo solidarios de la humanidad y glorificando al Señor.

Vosotros, en cambio, sois un linaje elegido, un sacerdocio real, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios para que anunciéis las proezas del que os llamó de las tinieblas a su luz maravillosa. Los que antes erais no-pueblo, ahora sois pueblo de Dios, los que antes erais no compadecidos, ahora sois objeto de compasión. (1P 2, 9-10)

Pero si, además, tuvierais que sufrir por causa de la justicia, bienaventurados vosotros. Ahora bien, no les tengáis miedo ni os amedrentéis. Más bien, glorificad a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza, pero con delicadeza y con respeto, teniendo buena conciencia, para que, cuando os calumnien, queden en ridículo los que atentan contra vuestra buena conducta en Cristo. (1P 3, 14-16)

4.- Cimentar la vida en lo que no se ve.

Llevamos el tesoro del Evangelio, de la esperanza que no defrauda, en vasijas de barro, para que se vea que el poder es de Dios y no nuestro. Los que sabemos por la fe que quien resucitó a Jesús de entre los muertos, también nos resucita con él a nosotros, debemos **cimentar nuestras vidas en lo que no se ve**, como el apóstol Pablo escribía a la comunidad de los corintios, tentada por la mundanidad, esto es, por la fuerza y prestigio de las comunidades de los judíos y de los gentiles. Estamos ante «la paradoja de la palabra de la cruz». Dios escoge lo débil del mundo, para confundir lo que cuenta a los ojos del mundo. Nuestra garantía para el camino es el don del Espíritu.

Por eso, no nos acobardamos, sino que, aun cuando nuestro hombre exterior se vaya desmoronando, nuestro hombre interior se va renovando día a día. Pues la leve tribulación presente nos proporciona una inmensa e incalculable carga de gloria, ya que no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve; en efecto, lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno. Porque sabemos que si se destruye esta nuestra morada terrena, tenemos un sólido edificio que viene de Dios, una morada que no ha sido construida por manos humanas, es eterna y está en los cielos. Y, de hecho, en esta situación suspiramos anhelando ser revestidos de la morada que viene del cielo, si es que nos encuentran vestidos y no desnudos. Pues los que vivimos en esta tienda suspiramos abrumados, por cuanto no queremos ser desvestidos sino sobrevestidos para que lo mortal sea absorbido por la vida; y el que nos ha preparado para esto es Dios, el cual nos ha dado como garantía el Espíritu. (2Cor 4, 6-5, 5; cf. Heb 11, 1)

Conclusión

Para cerrar estas reflexiones, leo un número 1821 del Catecismo de la Iglesia Católica, que cita unas hermosas palabras de santa Teresa de Ávila.

«Podemos, por tanto, esperar la gloria del cielo prometida por Dios a los que le aman (cf. *Rm* 8, 28-30) y hacen su voluntad (cf. *Mt* 7, 21). En toda circunstancia, cada uno debe esperar, con la gracia de Dios, “perseverar hasta el fin” (cf. *Mt* 10, 22; cf Concilio de Trento: DS 1541) y obtener el gozo del cielo, como eterna recompensa de Dios por las obras buenas realizadas con la gracia de Cristo. En la esperanza, la Iglesia implora que “todos los hombres [...] se salven” (*1Tm* 2, 4). Espera estar en la gloria del cielo unida a Cristo, su esposo:

«Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin» (Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones del alma a Dios*, 15, 3)

Por consiguiente, abandonemos los vanos discursos y falsas doctrinas que muchos sustentan y volvamos a las enseñanzas que nos fueron transmitidas desde el principio; seamos sobrios para entregarnos a la oración, perseveremos constantes en los ayunos y supliquemos con ruegos al Dios que todo lo ve, a fin de que no nos deje caer en la tentación, porque, como dijo el Señor, el espíritu es decidido, pero la carne es débil. Mantengámonos, pues, firmemente adheridos a nuestra esperanza y a Jesucristo, prenda de nuestra justicia; él, cargado con nuestros pecados, subió al leño, y no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca, y por nosotros, para que vivamos en él, lo soportó todo. Seamos imitadores de su paciencia y, si por causa de su nombre tenemos que sufrir, glorifiquémoslo; ya que éste fue el ejemplo que nos dejó en su propia persona, y esto es lo que nosotros hemos creído. (De la carta de San Policarpo a los filipenses),

Prefacio VI dominical del tiempo ordinario: «En ti vivimos, nos movemos y existimos; y todavía peregrinos en este mundo, no sólo experimentamos las pruebas cotidianas de su amor, sino que poseemos ya en prenda la vida futura, pues esperamos gozar de la Pascua eterna, porque tenemos las primicias del Espíritu, por el que resucitaste a Jesús de entre los muertos».